

LIBROS

Historias de un ayer cercano: «Las conspiraciones contra la Dictadura», de Vicente Marco Miranda

En la España de 1930, cuando la Dictadura de Primo de Rivera deja paso a la «Dictablanda» de Berenguer, se produce repentinamente la publicación de gran número de libros políticos y polémicos. El hecho, sorprendente por el acusado contraste con la etapa precedente, tiene una clara y sencilla explicación. De un lado, el dictador, a fuerza de negar la política, ha conseguido que el pueblo español esté más politizado que lo estuvo nunca; de otro, el país entero desea conocer una verdad que se le ha ocultado durante años, y que sólo conoce de manera fragmentaria y parcial a través de las famosas «notas oficiales de inserción obligatoria». Para enterarse de lo ocurrido no basta leer los periódicos, ya que, pese a las repetidas promesas del conde de Xauen de un rápido retorno a la normalidad constitucional, siguen sometidos a la censura previa, implantada en septiembre de 1923. Como los libros están libres de esa mordaza, es comprensible que cada semana aparezcan dos o tres obras diferentes que pongan al descubierto algunos de los aspectos más ignorados del periodo dictatorial.

Se trata de libros en que diversos periodistas cuentan lo que tuvieron que callarse durante años o en que persona-

jes perseguidos por el Régimen anterior narran su personal odisea. Tienen indudable interés para reconstruir la Historia de un periodo apasionante del más reciente acontecer nacional; pero en general son obras de rabiosa actualidad que envejecen con rapidez, y al cabo de los años resultan poco atractivas por lo pesada que resulta su lectura cuando las circunstancias políticas del país han variado por completo. No obstante, hay algunas —pocas— que hoy siguen teniendo el mismo o mayor interés que hace cuarenta y cinco años. Entre ellas se encuentra, posiblemente en primerísima línea, **Las conspiraciones contra la Dictadura**, de Vicente Marco Miranda, ahora cuidadosamente reeditada por Vicente Giner en su colección «Recuerdos y Memorias».

Afiliado desde la infancia al Partido Republicano, que en Valencia acaudilla Vicente Blasco Ibáñez, Marco Miranda es un político menos conocido y recordado de lo que merece su honestidad personal, su hombría de bien y su dedicación íntegra al servicio de un ideal. Redactor-jefe del diario «El Pueblo», concejal y teniente alcalde del Ayuntamiento valenciano con anterioridad a la Dictadura, lucha contra ella desde el día mismo de su implantación. No duda en correr los máximos riesgos, sacrifica su libertad y su bienestar a la causa de la República y no es de los que procuran compensarse apenas llegado el 14 de abril con cargos de relumbrón ni menos aún con enchufes y sinecuras de ninguna índole. Es elegido diputado por su ciudad natal en las elecciones de 1931, 1933 y 1936. Pero por encima de honores y prebendas a su alcance, pone los postulados de su conciencia, y así, en 1934, cuando

un paisano y compañero de partido —Samper— alcanza la presidencia del Gobierno, Marco Miranda, totalmente opuesto a la inclinación derechista sufrida por el «blanquismo», lo abandona para crear la Esquerza Valenciana, rechazando con gesto digno los cargos que se le ofrecen.

Las conspiraciones contra la Dictadura es exactamente lo que su nombre indica. Luchador infatigable, Marco Miranda toma parte, con papeles de mayor o menor relieve, en todas las tentativas organizadas contra el Gobierno de Primo de Rivera, sufriendo por ello persecuciones, destierros, procesos y cárceles. Su intervención es particularmente activa en los tres movimientos más serios e importantes de la etapa: la «sanjuanada» de 1926, en la que llegan a estar comprometidos generales de la fama de Weyler, Aguilera y Batet y personalidades tan conocidas como Romanones, Marañón, Marcelino Domingo, Barriobero, Lázama, García Berlanga y Eleuterio Quintanilla; del fracasado intento de Sánchez Guerra en Valencia en enero de 1929 y de la conjura que, sin llegar a estallar, doce meses más tarde es factor determinante de la caída del marqués de Estella a comienzos de 1930.

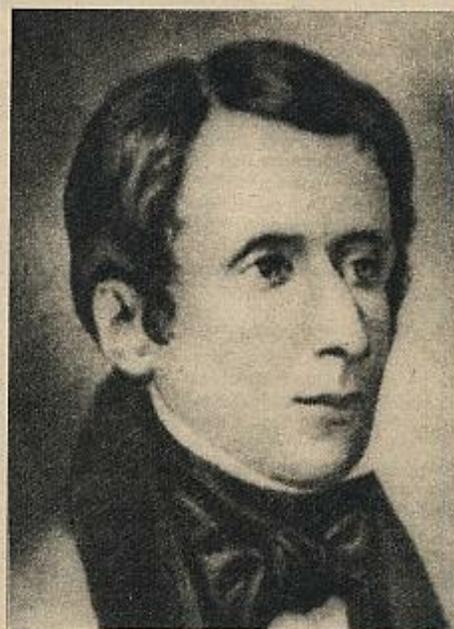
Con lenguaje sencillo, claro y concreto, llamando a las cosas por su nombre y fijando con precisión conductas y actitudes de unos y otros, Marco Miranda habla no sólo de estas conspiraciones, sino de las intrigas parisinas de los exiliados, de los confusos y trágicos sucesos de Vera de Bidasoa, de la sublevación de Ciudad Real y de los consejos de guerra en que hubieron de comparecer los responsables. También incluye en sus páginas un abundante y curioso anecdotario

de la forma en que entraba y se distribuía en España «Hojas Libres», de su estancia en prisión y de las tretas de que habían de valerse para burlar la vigilancia de la Policía de la Dictadura.

Quizá puedan encontrarse en el relato, como señala el prologuista de la nueva edición de la obra —Alfons Cuco—, claras reminiscencias del romanticismo político del siglo XIX. Es lógico que así sea, por cuanto la época en que fue escrita se halla mucho más cerca del final de la centuria precedente que del momento que hoy vivimos. En los cincuenta años transcurridos desde que se inician los primeros trabajos preparatorios de la «sanjuanada», el mundo entero ha experimentado mayores transformaciones morales y materiales que en los cincuenta lustros anteriores. Pero acaso uno de los mayores méritos de **Las conspiraciones contra la Dictadura** sea permitirnos reconstruir con exactitud una época tan cercana, que la vivimos en parte, y, sin embargo, tan distante, que con facilidad incurrimos en fundamentales errores al evocarla. ■ E. DE GUZMAN.

Aproximación a Leopardi

El siglo XIX se abrió bajo el signo poético de la rebelión romántica, cuyo exceso declamatorio, nunca desprovisto de encanto, gastó a veces demasiada pólvora en salvas; sin embargo, los dos rebeldes más radicales y eficaces ante las perspectivas del siglo que nacía fueron de un romanticismo muy especial, hondamente clásico, que casi excluye del movimiento general: hablo de Hölderlin y Leopardi. En ambos fue decisiva la influencia de Grecia, aunque la nostálgica sensibilidad del alemán tiene su correla-



Giacomo Leopardi.

to filosófico en los primeros escritos de sus dos amigos idealistas, Schelling y Hegel, mientras que el hermano filósofo de Leopardi es, sin duda, Schopenhauer. Mientras Hölderlin se atarea hasta el desvarío en rememorar las condiciones de la comunidad impecable, sin olvidar ni ocultar su imposibilidad presente, Leopardi se especializa en la sabiduría trágica que Sileno resumió en una frase al rey Midas: «Lo mejor para el hombre sería no haber nacido; después de eso, lo mejor es una vida corta». Incomparable estilista del impropio, el italiano practica con virtuosismo todas las modulaciones civilizadas del aullido: el sarcasmo, la lamentación o el epitafio. Sus temas parecen confinarle en lo monótono, pues reiteran la eterna lista de agravios de la existencia no elegida; presencia constante del dolor, triunfo de la rapiña y la crueldad, frustraciones e hipocresías del amor, inevitabilidad de la muerte, que es el «único intento de la Naturaleza», como dice en su hermoso «Cántico del gallo silvestre», donde resume en menos de diez páginas toda su concepción del mundo.

Pero las modalidades de la desdicha son inabarcables y su expresión no tiene forzosamente que caer en lo fastidioso. Schopenhauer, cuya admiración por Leopardi se acercó a la identificación plena, escribió de él: «Su tema constante es la ironía y los dolores de nuestra existencia, dolores que describe en cada página de sus escritos; pero con tal variedad de forma y expresiones, con tal riqueza de imágenes, que, lejos de fatigar al lector, le interesa y conmueve cada vez de nuevo». Además, los grandes pesimistas siempre tienen a su favor la verosimilitud de toda queja, mientras que los optimistas tropiezan con el obstáculo de que todo júbilo es improbable y se ven obligados a verificar en cada caso su exultación, lo que a la larga resulta fatigoso. Por eso la alegría empacha pronto, mientras que uno nunca se harta de melancolía...

Sería injusto decir que Leopardi es desconocido en España, pero sin duda —pace Unamuno— se le conoce y se le relee mucho menos de lo que el poeta italiano más grande después de Dante merece. Supongo que forma par-